

Barbarie, rebelión y manipulación de masas *

Francisco Fernández Buey

[Biblioteca Omegalfa](#)

Sería un experimento interesante limitar el uso de la moral (de cualquier clase que sea). Contentarse con ser moral en casos excepcionales, cuando sea aconsejable; en todo lo demás considerar el propio obrar como la necesaria estandarización de tornillos y lapiceros. Es cierto que entonces no se darían muchas cosas buenas, pero sí algunas mejores: no quedaría ningún talento, pero sí el genio.

Robert Musil, *El hombre sin atributos*.

El desencanto radical de la política, tan característico del hombre moderno, viene de la comprobación de que no por el hecho de ser muchos los que participan en el intento de acorralamiento de la bestia llamada Leviatán el mal resultante del juego político ha sido menor, sino mayor.

Esta es la lección principal que hemos tenido que aprender (tal vez reaprender) en el siglo XX: lo que se ha llamado política de masas, la elevación de las masas a la política, la participación masiva de los ciudadanos en la política, que fue en aumento

* Fuente:

http://www.avizora.com/publicaciones/ciencias_sociales/ciencias_sociales_1_1.htm

desde los años que siguieron a la Primera Guerra Mundial, se ha saldado por el momento con tres actos de barbarie como nunca antes había conocido la Humanidad: con la barbarie del holocausto y de los campos de concentración nazis, con la barbarie del gulag estaliniano y con la barbarie de las bombas sobre Hiroshima, Vietnam y Bagdad. Hay que reconocer, aunque duelan prendas al decirlo, que el diagnóstico de *La Rebelión de las Masas* de Ortega y Gasset ha resultado más certero que el contenido en obras inspiradas por el idealismo y por el optimismo acerca del camino de la historia, como la lukacsiana *Historia y Conciencia de clase*.

Ahora entendemos mejor el significado de la palabra de Rosa Luxemburgo: *socialismo o barbarie*.

Ha habido, sin duda, otros actos de barbarie en el mundo contemporáneo. Pero aquellos tres son los más significativos por poner de relieve el lado malo de la mera y simple incorporación de las masas a la política; su otro lado es la tendencia al exterminio, la manipulación de las masas, el terror de masas, la barbarie de masas, la obligación de matar masivamente en nombre de la política hecha ideología.

Las nuevas armas desarrolladas desde la Primera Guerra Mundial y, sobre todo, desde 1939 tienen esa funcionalidad exterminista. La posibilidad de la megamuerte incorporada en las armas contemporáneas no es una consecuencia de la sobrepoblación del planeta, sino un efecto del "cerco recíproco" (la expresión es de Gramsci) al que condujo la incorporación de las masas a la política después de la primera guerra mundial.

Puede decirse que uno de los rasgos más significativos de la nueva barbarie del siglo XX, la utilización fría, consciente y despiadada de una barbarie que ha afectado a sectores muy amplios de la población en Centroeuropa, el imperio ruso y Japón, está directamente relacionado con la incorporación de las masas a la política. En el interior de los países afectados, los actos de barbarie se han hecho (aunque en cada país se intente olvidar la cosa) con la aquiescencia seguramente mayoritaria, pero en todo caso masiva, de las poblaciones: de la población alemana, rusa y nor-

teamericana respectivamente. No es nada casual en absoluto el que los momentos de mayor polémica todavía ahora en Alemania, en Rusia y en Estados Unidos coincidan con la pregunta acerca de las responsabilidades en el holocausto, en el gulag y en el bombardeo de Hiroshima (o de Vietnam).

En el plano internacional, la incorporación de las masas a la política cambió el concepto de enemigo tanto en la guerra civil como en los conflictos internacionales: convirtió en enemigo a toda la otra parte en la guerra civil e hizo enemiga a la población del otro país en su conjunto.

La participación directa de la gente en la cosa pública empezó inspirándose en el recuerdo de las mejores experiencias democráticas de la humanidad y ha acabado en los ejemplos más tremendos de barbarie de su historia. Lo que empezó siendo vivido como una recuperación de la democracia auténtica, a la griega, de la democracia participativa, del sentido civil, como un engarce con los mejores ejemplos de la concepción republicana de la política, acabó convirtiéndose, a lo largo de tres guerras mundiales, en un infierno.

Esto necesita una explicación. No es, por supuesto, la participación masiva y directa de la gente en la cosa pública lo que ha traído la barbarie de nuestro siglo, sino el enorme desfase existente entre una concepción antigua de la política (doblada, además, por la persistencia de la moral mesopotámica) y una tecnología del control social y de la guerra cada vez más funcional a la idea de la megamuerte.

La gente activa y consciente del siglo XX pensaba en la recuperación de una democracia, la democracia directa, material, participativa, que se hizo para ciudades pequeñas, poco pobladas y con un número relativamente pequeño de ciudadanos con derechos (el de la Atenas del periodo griego clásico o el de la Florencia renacentista de 1495). Sobre esa idea política, operó entonces una moral del bien y del mal que apenas si ha evolucionado desde Mesopotamia pero que, en cualquier caso, endiosaba a los propios y demonizaba a los otros ideologizándolo todo (Razón por la cual, dicho sea entre paréntesis, salen so-

brando, ayer y hoy, los llamamientos a que los políticos tengan "moral" y se comporten "éticamente". No es eso. Hace tiempo que se sabe: hay morales y éticas que son peores que las políticas).

Sobre la idea de democracia radical doblada por la moral mesopotámica, operó todavía una realidad considerablemente más avanzada: una técnica de control, manipulación e intoxicación de las poblaciones perfectamente adaptada a la época de la incorporación de las masas a la política.

Es en esa circunstancia cuando empieza en Europa la "guerra de maniobras" y el "cerco recíproco". Derechos iguales: violencia y tragedia. Importa poco quién haya sido el primero en decirlo. También el porquero de Agamenón está de acuerdo. Y sobre la ilusión de la democracia participativa doblada por la moral mesopotámica y contenida por las tecnologías de control y manipulación de masas, acaba surgiendo la nueva posibilidad: la tecnología del matar masivamente. El estudio de la historia de esta tecnología depara sorpresas interesantes, de las que no gustan a los filósofos que claman abstractamente en favor de la ética y la moral. La más alta cultura superior y la mayor bondad se entremezclan en esta historia de las armas de exterminio masivo con los intereses de aquellos otros que sólo aman el ascenso de las masas a la política cuando son las masas propias.

Uno de los rasgos característicos de la barbarie del siglo XX ha sido el cambio en la consideración de las guerras: la aceptación de la normalidad de su prolongación hasta el exterminio de una de las partes. La idea de exterminio coincide con un tipo nuevo de odio en el que se junta lo racial con lo político. Es un tipo de odio muy característico de la barbarie nazi que se reprodujo en la barbarie del americanismo en Vietnam.

Creo que tiene razón el historiador británico Eric Hobsbawm cuando relaciona el descenso hacia el abismo de la barbarización, a través de las guerras del siglo XX, con el colapso sin precedentes de las normas que regulan la conducta en las sociedades humanas ("Barbarism: A User's Guide", conferencia en Oxford el 24 de febrero de 1994 organizada por Amnistía Interna-

cional. Traducción al castellano en Debats, No. 50, diciembre de 1994).

Entre la primera guerra mundial y 1990, ha muerto aproximadamente el 9 % de lo que debía de ser la población mundial en 1914 (187 millones de personas). La primera guerra mundial fue también la primera que se libró manifiestamente en contra de la población del enemigo, en una situación política de democracia y con la participación activa de toda la población.

Nunca como en el siglo XX habían llegado los de abajo, los más, los que no tienen nada, los proletarios, a convertirse en protagonistas directos de la actividad y la lucha política. El punto más alto de la incorporación de las masas a la política tiene que situarse entre las dos guerras mundiales. Esa es la época de la "guerra de maniobras" y del "cerco recíproco". La barbarie contra masas enteras de población (en Alemania, en Italia, en Austria, en Polonia, en la URSS, en Japón) es una consecuencia indirecta de esta situación. Es indirecta porque no se trata sólo del intento de liquidación de las masas revolucionarias, sino más en general de la búsqueda por arriba, por parte de los poderes legalmente establecidos, de soluciones a gran escala para operaciones político-militares en las que intervienen, efectivamente, cientos de miles de personas más o menos identificadas con idearios políticos determinados.

En la Alemania nazi, la barbarie concentracionaria consiste en el intento de eliminación final de los judíos, de los comunistas y, por asimilación, de todas aquellas personas a las que el proceso de arianización deja fuera de la "normalidad", personas a las que se considera activamente contrarias al régimen existente (aunque de hecho no lo fueran en muchos casos).

En la URSS estaliniana, la barbarie del gulag consiste en el intento de eliminación de la disidencia y la discrepancia política, intento que poco a poco va incluyendo también otros tipos de discrepancias fácilmente asimilables desde el punto de vista de la politización general de todos los aspectos de la vida de los ciudadanos. En este caso, se trata igualmente de un apartamiento

de masas a las que se supone no completamente convencidas desde el punto de vista político-ideológico para la lucha final.

En los EU la discusión que tuvo lugar entre físicos y militares acerca de la utilización de las bombas atómicas desarrolladas en los años anteriores contra Japón pone de manifiesto igualmente la importancia que se concedía al ejemplo destructor masivo. Ya entonces estaba fuera de dudas que no era necesaria la utilización de las bombas atómicas para poner término a la guerra mundial: la acción tuvo un significado ejemplar contra poblaciones masivas; significaba una advertencia generalizada. Fue algo que Einstein y Szilard vivieron como una tragedia, como la imposición del "poder desnudo".

Pues bien, una vez más lo característico del juicio acerca de la barbarie de masas nazi, estaliniana y norteamericana de los años treinta/cuarenta y desde el término de la segunda guerra mundial en los diferentes países afectados, ha sido la exaltación de la barbarie del otro y la negación o minimización de la propia, no sólo por efecto de la "guerra fría", ya que, acabada ésta, los comportamientos al respecto no han cambiado en lo sustancial.

En el interior de los distintos países principalmente afectados (Alemania, Rusia y Estados Unidos), todos los intentos de reconstrucción de la verdad de lo ocurrido entre 1939 y 1945 ha chocado con fuerte oposición oficial al mismo tiempo que se llamaba la atención acerca del peor tipo de barbarie puesta en práctica, naturalmente, por los otros, por los adversarios de ayer.

La llamada "guerra fría" que siguió al término del conflicto bélico facilitó, además, operaciones propagandistas maquilladoras de los hechos o demonizadoras de la barbarie del otro. En general, la unilateralidad y el maniqueísmo han sido las normas de conducta entre 1950 y 1990 y todavía siguen siéndolo en 1995.

En Alemania, ha habido desde 1945 un latente complejo de culpa nacional por los campos de concentración nazi, pero no se ha podido aceptar nunca hasta ahora la dimensión real de aquella barbarie cualitativamente nueva en la historia de la humanidad.

En la URSS, se ha vivido durante decenios entre el ocultamiento y la mentira planificada: hubo un intento de rectificación en 1956 cuando el XX Congreso del PCUS denunció los "crímenes de Stalin", pero se limitaron las responsabilidades colectivas al culto a la personalidad de Stalin y, por otra parte, se siguió reprimiendo a los disidentes que se atrevían a contar toda la verdad que sabían sobre el gulag. La identificación entre disidencia política y locura ha sido habitual en la URSS hasta la época de Mihaíl Gorbachov.

En Estados Unidos, se tachó de comunistas a los intelectuales y profesionales que, como Einstein y los firmantes del Manifiesto contra las armas atómicas, manifestaron su desacuerdo con la barbarie de Hiroshima y Nagasaki y empezaron a criticar el peligro de la imposición del "poder desnudo". Claude Eatherly, el piloto del bombardeo que lanzó las bombas sobre Hiroshima, fue silenciado en su campaña pacifista y antinuclear, considerado oficialmente loco por protestar y manifestar su arrepentimiento, e internado en su sanatorio psiquiátrico. Todavía en 1995, la respuesta al intento de reproducir la verdad de aquella histórica barbarie ha producido un escándalo político-cultural sin precedentes.

Tal vez lo más característicamente demostrativo sea que, aun admitiendo en general que la barbarie del siglo XX ha sido la peor de las barbaries y que debe evitarse una repetición ampliada de aquello, sigue, sin embargo, costando mucho trabajo la admisión de las dimensiones de la propia barbarie, de la barbarie incubada en el propio país, en la propia cultura, como ha sido lo ocurrido en Alemania en 1988.

En noviembre de aquel año, el entonces presidente del parlamento de la RFA, Philipp Jenninger, pronunció un discurso oficial en ocasión del 50 aniversario de la llamada Kristallnacht, la "noche de los cristales", el pogrom antijudío organizado por los nacional-socialistas entre el 9 y 10 de noviembre de 1938. El discurso provocó un gran escándalo en el mundo político alemán: fue interpretado como una ambigua justificación del pasado nacionalsocialista de Alemania, cincuenta diputados (en su

mayoría del grupo de los verdes o socialdemócratas) abandonaron ostentosamente la sala mientras el presidente estaba hablando y Jenninger se vio obligado a dimitir inmediatamente por las protestas cruzadas de los medios de comunicación y de una gran parte de los partidos políticos de la Alemania de entonces. ¿Qué dijo Jenninger? Dijo que lo ocurrido 50 años antes en Alemania no había pasado nunca antes en ningún otro país civilizado de Europa. Dijo también que una barbarie antijudía como aquella no tenía antecedentes históricos, ni siquiera en la Edad Media. Pero intentó, además, dar una explicación histórica de aquella barbarie. Manifestó que lo peor de las graves violaciones de todos los derechos humanos cometidas en los campos de concentración es que no fueron expresión de lo que solía llamarse en otros tiempos la cólera popular espontánea, esto es, barbarie debida a la ignorancia de los de abajo, sino que se trató de una acción pensada y planificada fríamente por la autoridad del Estado, que trató a los judíos y a otras minorías como se trata a salvajes a los que puede cazarse impunemente. Recordó Jenninger que durante la noche de los "cristales rotos" fueron quemadas doscientas sinagogas, que los cementerios judíos fueron devastados y millares de establecimientos comerciales destruidos y saqueados.

El entonces presidente del Bundestag calificó la noche de los "cristales rotos" de giro decisivo en la política nazi contra los judíos, manifestando que aquella noche había significado el comienzo del intento de aniquilación sistemática de los judíos de Alemania y de buena parte de Europa. Pero, sobre todo, Jenninger puso el acento en el análisis del comportamiento de la población alemana ante los acontecimientos que estaba recordando. Recordó, en ese contexto, que la mayoría de la población se había comportando por lo general de forma pasiva; que no hubo rebelión ni ninguna resistencia importante en la opinión pública, a pesar de que todos veían lo que estaba ocurriendo. Silencio, embarazo, ironía, mirar hacia otro lado, deseo de minimizar, cuando no participación directa en los acontecimientos: esas fueron las conductas típicas de la mayoría de la población ante el holocausto que se iniciaba. Jenninger recuerda en su

discurso que incluso las Iglesias callaron ante la liquidación sistemática de todas las ideas humanitarias que formaban parte de la identidad espiritual de Europa. Afirma abiertamente que aquella barbarie fue querida y premeditada. Un hecho así, la imposición de la barbarie a la vista de todos y con el consentimiento de casi todos, incluso antes de que comenzase la guerra, es realmente un acontecimiento histórico que exige explicación y que deja a las personas sensibles con el alma en vilo sólo de pensarlo, como lo es, para poner un ejemplo que nos afecta directamente, la participación ciudadana de las poblaciones de la Corona de Castilla en los autos de fe que se produjeron a partir de 1558 en nuestro país y que llevaron a la hoguera a cientos de personas que no habían cometido otro delito que el atreverse tal vez a pensar la religión de otra manera.

En su discurso, Jenninger cometió seguramente el error de introducir una expresión de corte sociológico. Propuso una explicación para aquel acontecimiento sin parangón histórico, al que calificó de "fascinante" relacionando la desmoralización alemana de los días del Tratado de Versalles, el desconcierto que se produjo en la época de Weimar, el éxito inicial de la política económica de Hitler y la forma en que este autoritarismo desacreditó a posteriori la democracia de Weimar, así como la repercusión de todo ello en el estado de ánimo de la mayoría de la población alemana de 1938. Esta explicación utilizaba claves dostoiéwskianas sobre el comportamiento de los humanos en situaciones límite, pero también las duras acusaciones contra los alemanes procedentes de Thomas Mann (el "servilismo militante" derivado del "atraso germánico"). Lo más importante es que la explicación de Jenninger se basaba en algunos testimonios muy dolorosos, ya expresados en 1942, y luego oficialmente admitidos en Alemania, según los cuales todas las noticias esenciales de la barbarie se conocían en la población alemana de la época. Jenninger dejó de leer en público un párrafo de la versión escrita de su discurso en el que se pregunta abiertamente, y pregunta a los demás, por qué en aquellas condiciones, sabiendo lo esencial de lo que estaba ocurriendo, nadie (o casi nadie) se opuso al genocidio. E introdujo ahí una comparación particularmente re-

levante. Dijo que las autoridades nazis no consiguieron poner en práctica el programa de eutanasia contra disminuidos físicos y psíquicos, tal como lo habían planificado, porque este programa chocó con la resistencia de los parientes de los afectados y particularmente con la resistencia de la Iglesia, mientras que en cambio los judíos fueron abandonados por todos, se quedaron solos: "Su destino, el destino de los judíos, únicamente encontró ceguera y frialdad de corazón".

El discurso de Jenninger seguía diciendo todavía que muchos alemanes se dejaron seducir por el nacionalsocialismo; que muchos hicieron posible la barbarie con su indiferencia; que otros muchos se convirtieron en asesinos. Tras señalar la necesidad de subrayar ahora esta verdad, el ex presidente se rebeló contra el "revisionismo" de los historiadores que en los últimos decenios han puesto en duda la verdad histórica y especulan con el número de víctimas de Holocausto para negar los hechos. Jenninger fue también muy explícito en este punto: "No hay nada que defender en este asunto. La humanidad recordará Auchwitz como una parte de nuestra historia, de la historia alemana, hasta el final de los tiempos. Los jóvenes quieren saber mucho más de nosotros; quieren saber cómo ocurrió".

Jenninger citaba en este contexto a personas de conducta y comportamiento intachable: a Leo Baeck, a Gottfried Benn, a Hans Jonas, el autor de la *Ética de la Responsabilidad Futura*. El discurso terminaba con un llamamiento a hacer algo por la paz mundial en tiempos difíciles, por la comprensión y la tolerancia entre los pueblos y culturas y por la ayuda a los pueblos del Tercer Mundo.

Para un lector europeo de hoy, el contenido de lo dicho parece inequívoco. Creo, sin embargo, que ningún acontecimiento de los últimos años representa un test tan explícito como éste para comprobar, hasta en los más sutiles matices, la fuerza del prejuicio, la enorme dificultad que supone para el hombre, en toda época histórica, el intento de superar la siempre presente dicotomía amigo/enemigo a la hora de juzgar la barbarie propia y la de otro, la barbarie de ellos y la de los nuestros. Los agrupa-

mientos políticos y las afinidades ideológicas establecidas saltan por los aires ante asuntos como éste, en los que está en juego la responsabilidad de los más, la responsabilidad colectiva de todo un pueblo, de todo un país, de toda una nación. En este caso se trata, naturalmente, de la Schuldfrage, del problema, estrictamente alemán, de la culpa; pero algo parecido está ocurriéndonos en las sociedades europeas con otros grandes problemas contemporáneos: con el problema de la droga o, sobre todo, con el problema de la inmigración. ¿Cuánto tiempo tardan los pueblos que han sido inmigrantes en olvidar su situación para desarrollar el instinto de odio al otro cuando el propio país se convierte en receptor de emigrantes?

El discurso político habitual se rompe y las opiniones hacen estallar las agrupaciones establecidas (Jenninger, democristiano, recibió críticas muy semejantes de su partido, del partido liberal, del partido socialdemócrata y de los verdes), porque lo que la memoria histórica pone en juego es algo que está por debajo de la argumentación y de las actuaciones que finalmente conducen en el mundo contemporáneo a pactos, acuerdos, alianzas, consentimientos o negocios políticos. Los pactos, acuerdos, alianzas, consentimientos y negocios suelen implicar olvidos, borrar las huellas.

Por debajo de los infinitos matices de la argumentación, de los exquisitamente repetidos "de una parte y de otra parte", de los "tal vez sí, pero acaso" y de las esperadas distancias políticas respecto de lo dicho por otros personajes de los que hay que distanciarse necesariamente, cuando se estudia la documentación generada por el caso Jenninger hay una llamativa coincidencia que remite una y otra vez al viejo dilema del ser o no ser. Es ésta: Jenninger dijo la verdad, pero Jenninger no debería haber dicho esa verdad porque es un político y un político que no sabe hacerse entender y crea malentendidos comete un error imperdonable.

Discutamos, pues, sobre el error imperdonable del político de hoy que dice la verdad sobre el ayer y dejemos la verdad del ayer a los historiadores que, inspirándose en lo que manda hoy,

encontrarán la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad (conveniente) para dejar tranquilas nuestras conciencias. ¿Por qué van a tener que pagar los nietos por una culpa que es de sus abuelos?

Naturalmente, en el caso Jenninger no estaban en juego responsabilidades jurídico-políticas; sólo se trataba de una reflexión moral acerca de cómo se comportó la mayoría de un pueblo en un momento malo de su historia. Esto es algo que enlazaba, para el caso de Alemania, con dos viejos discursos en otro tiempo conocidos en Alemania: el de Karl Jaspers y el Thomas Mann. Por debajo de las diferencias políticas e ideológicas, ese era el fondo de la mayoría de los reproches que acabaron convirtiendo el asunto en un escándalo. La coincidencia va de Frankfurter Rundschau ("el discurso más desgraciado que se haya hecho nunca en la República Federal") y de Die Zeit a The Wall Street Journal, de Le Monde al Times, de H. J. Vogen y Willy Brandt a Daniel Cohn-Bendit, pasando por el historiador Michael Stürmer.

Dado el grito de ritual sobre el lanzamiento de la piedra, ocurrió lo de siempre: todo el mundo consideró estar libre de culpa y se apresuró a lanzar la primera sobre el incordio histórico. También es verdad que el material discursivo empleado para la lapidación de Jenninger en esta oportunidad ha sido variado: una vez más se inventan argumentos varios para ocultar injusticias y barbaridades en las que ha habido responsabilidades varias. Unos acusaron a Jenninger de estar justificando las barbaridades del pasado; otros lo acusaron de hacer el juego a los historiadores revisionistas; otros, de no saber distinguir entre las responsabilidades de los nazis y la inocencia del pueblo; otros, de confundir su oficio y querer meterse a historiador. Un hombre con la experiencia política de Daniel Cohn-Bendit escribió acerca de la obligada dimisión de Jenninger:

"Se lo ha ganado a pulso. Quiso recitar un solo histórico, hacer el papel de su vida y al llegar a escena no logró que se le entendiera. No supo dónde poner los puntos ni las comas ni supo encontrar la entonación requerida, de modo que en los pasajes cruciales los espectadores no se dieron cuenta de si hablaba él o

por su boca estaba hablando el fantasma del nazismo. Ni siquiera yo lo he entendido" (Entrevista de Bernardo Valli a Daniel Cohn-Bendit para La República, 2 de diciembre de 1988).

El texto que Jenninger recitó estaba escrito, fue distribuido con antelación entre los miembros del parlamento y todos los partidos políticos tenían copia. No era, por tanto, un problema de entonación. Jenninger no era tampoco el actor que sale a escena por primera vez.

La prueba de que la cosa era más complicada es que hubo otros que entendieron el mensaje del ex presidente de otra manera. ¿Quiénes? En la propia Alemania, una minoría, desde luego, pero una minoría significativa en la que destacan miembros muy conocidos de la comunidad hebrea. Para empezar, Simón Wiesenthal, quien denunció la tergiversación política del discurso de Jenninger y consideró su dimisión "una gran tragedia". Después Peter Sichrovsky, quien denunció desde Viena la hipocresía de los que criticaban a Jenninger de incompetencia política e interpretó su dimisión como "un sacrificio ritual". También Michael Wolffsohn, autor de un interesante libro que trata precisamente de la culpa, ha coincidido con las palabras pronunciadas por el propio Jenninger después de la dimisión: "En Alemania todavía no se puede llamar a las cosas por su nombre".

Michael Fürst, entonces vicepresidente del consejo central judío de la RFA, declaró a la radio su alegría porque "el presidente del parlamento ha descrito con la mayor claridad lo que ocurría en Alemania entre 1933 y 1938". Todos ellos han recordado otras dos circunstancias de la personalidad del democristiano Philipp Jenninger: el que se trate de un hombre de pasado completamente limpio por su relativa juventud cuando ocurrieron los hechos denunciados (hijo de un tipógrafo católico y liberal-cristiano él mismo, tenía entonces 56 años) y la integridad y honorabilidad moral de la persona, que nadie ha puesto nunca en discusión (Mario Pirani, "Il fascino del nazismo. Il caso Jenninger: una polemica sulla storia. Bologna", Il Mulino, 1989).

Ética y política nuevamente se vieron separadas, pero tampoco verticalmente cruzadas en este caso por las diferencias entre

comunidades. También la comunidad judía se dividió (aunque no tanto) al juzgar "el malentendido".

El hecho de que un discurso como el de Philipp Jenninger haya sido interpretado como una justificación encubierta de la barbarie del pasado es todavía un síntoma de la grave enfermedad adquirida en la fase de paso de la rebelión de las masas a la tecnificación de la política. No es, sin embargo, una enfermedad exclusivamente alemana. Los síntomas pueden estar acentuados en Alemania, pero sería una equivocación, también en este caso, la distinción extrema entre el "ellos" y el "nosotros". Norberto Bobbio lo ha recordado con toda la razón para el caso de Italia (Norberto Bobbio, "Le colpe rimosse di noi italiani", en *La Stampa*, 6 de diciembre de 1988).

Hay un aspecto particularmente llamativo en el debate provocado en Alemania por el discurso de Jenninger: las opiniones sobre la forma de declarar una verdad se dividen más allá de la pertenencia de las personas a un mismo partido político y por debajo del hecho de que estas personas compartan una misma ideología. La edad de los que debaten sobre el asunto cuenta, desde luego, pero tampoco puede decirse, sesenta años después de los hechos, que sea ya el factor decisivo; o mejor: con el paso del tiempo la diferencia de edad no es ya tan decisiva como lo fue la diferencia entre haber estado allí o no haber estado. Por lo demás, es cierto que rupturas así suelen producirse en todos los países cuando lo que se discute son comportamientos colectivos que han hecho historia (por lo general para mal de muchos).

También la sociedad española se dividió profundamente en 1992 al recordar el genocidio americano que se inició en 1492. Tiene que haber, pues, en estas controversias algo más profundo. Ese algo fue aludido explícitamente en su día por el químico y escritor Primo Levi, víctima sobreviviente de Auschwitz. Se trata de la necesidad histórica de darnos y dar a los otros una explicación de aquello que, hablando con propiedad, resulta inexplicable en términos del discurso racional habitual. Pienso sobre todo en *I sommersi e i salvati* (Einaudi, Torino, 1986), pero también en sus narraciones: *Se questo è un uomo* (Einaudi, Torino, 1958 y

1976), señaladamente en el apéndice de la edición de esta última fecha, donde Levi contesta a las preguntas de los estudiantes, y en *La tregua* (Einaudi, Torino, 1963).

He aquí el nudo que hay que cortar: la barbarie de Auschwitz, Birkenau, Dachau, Buchenwald, Mauthausen, Treblinka, Bergen Belsen, Schwerin, Ravensbrück... no se puede comprender ni explicar en términos de lógica racional porque su "lógica" interna se nos escapa. Pero, a pesar de ello, la transmisión razonada de aquella experiencia de la barbarie a las jóvenes generaciones sigue siendo una necesidad sentida colectivamente, tanto más cuanto que las víctimas sobrevivientes de aquella barbarie son conscientes de que nadie, o casi nadie, supo prever en 1930 una catástrofe como la que realmente ocurrió.

Es ya parte del instinto culturalmente conformado de la especie la transmisión a otros de los peligros históricos que consideramos que pueden darse reiterativamente. El debilitamiento de este instinto, por las razones que fueren, supone ya un riesgo. Pero para consolidar racionalmente aquel instinto hay que luchar una y otra vez con la ironía, el sarcasmo, el desprecio y las manifestaciones de superioridad de los más jóvenes, a sabiendas de que en tales actitudes, siempre reiteradas, no hay ninguna maldad, sino sólo la otra forma de cantar la sangre nueva en las venas de los jóvenes. Por eso, lo más difícil en estos casos es encontrar las palabras, las formas de decir una verdad histórica (intensamente vivida y sufrida por una colectividad en la que unos fueron víctimas de la barbarie y otros verdugos) en el marco de la siempre reiterada dialéctica generacional. Primo Levi ha contado con gracia y mano izquierda los reproches que, treinta o cuarenta años después de los hechos, le hacían adolescentes italianos por no haber organizado "la gran evasión" mientras estuvo en Auschwitz; uno de ellos, después de pedirle detalles sobre la ubicación del campo de concentración, incluso le propone, con aire pretencioso, un "plan perfecto" para evadirse si por casualidad volviera a encontrarse otra vez en alguna situación con aquélla. Así somos y porque somos así, al llegar a este punto, acaso sólo cabe repetir lo que dejó dicho el propio Levi en *I sommersi e i salvati*:

"Para nosotros, hablar con los jóvenes es cada vez más difícil. Percibimos este hablar con los jóvenes como un deber y a la vez como un riesgo. Es el riesgo de parecer anacrónicos, de no ser escuchados. Pero tenemos que ser escuchados, porque por encima de nuestras experiencias individuales hemos sido colectivamente testigos de un acontecimiento fundamental e inesperado: fundamental precisamente por inesperado, por no haber sido previsto por nadie. Ocurrió contra toda previsión. Y ocurrió en Europa. Increíblemente ocurrió que todo un pueblo civil formado en el férvido florecimiento cultural de Weimar siguió a un histrión cuya imagen da hoy risa. Pese a ello, Adolfo Hitler fue obedecido y laudado hasta que llegó la catástrofe. Así ocurrió. Y puesto que ocurrió puede llegar a ocurrir de nuevo. Tal es la sustancia de lo que tenemos que decir". ■

El autor extiende su investigación en *La Barbarie: de ellos y de los nuestros*, Editorial Paidós, Barcelona, España, 1995.

Biblioteca Virtual
OMEGALFA
Ω